

La identidad, un viejo problema visto desde el nuevo mundo

Hugo E. Biagini

HUGO. E BIAGINI: Doctor en filosofía argentino. Es profesor titular en las universidades de Belgrano y La Plata. Director de investigaciones en IPAL (Sección Pensamiento Argentino Y Latinoamericano). Autor de numerosos artículos Y libros, entre los cuales destaca Educación Y Progreso.

Dilucidar la identidad colectiva y personal constituye hoy -no sólo en América Latina- una de las principales encrucijadas teóricas y existenciales. Si bien sus orígenes cronológicos se remontan más allá de nuestra era, es en las actuales circunstancias cuando el término identidad pasa a desempeñar una función omnicompreensiva. En el orden cultural y nacional, dicha temática cobra un importante papel, a partir de los procesos de descolonización y del giro que se produce en la óptica eurocentrista. Tras puntualizarse el sentido fundamental que adopta la problemática de la identidad -en tanto a través de esta se concibe lo uno en medio de lo diverso, conforme a una praxis modificadora-, se procede a examinar sus derivaciones en un orden de cosas sumamente conflictivo: el contexto latinoamericano Y argentino. En este dominio, se destaca, además, la presencia de dos expresiones culturales antagónicas: una elitista, la otra de corte popular.

La creciente preocupación en torno a la identidad – palabra hoy casi trillada y ritualista- obedece a un interés tanto académico como vital. Así, aparece como objeto de análisis fronterizo para las ciencias humanas en su conjunto, desde las disciplinas clásicas de la filosofía, la historia y la literatura, hasta las más recientes expresiones de la psicología, la sociología y la antropología.

Podemos también observar las más variadas inquietudes existentes por dilucidar la misma cuestión. Dos ejemplos disímiles de ello serían, por un lado, el auge que tienen los rastreos genealógicos en países de inmigración multitudinaria como los Estados Unidos, donde la única sección especializada que se halla permanente-

mente abierta en la monumental Biblioteca del Congreso se dedica, precisamente, a satisfacer las demandas del público al respecto. Por otra parte, en la convocatoria oficial que se ha efectuado a la población argentina para discutir los contenidos del Congreso Pedagógico, figura explícitamente como objetivo último de la enseñanza, junto a la consolidación de la democracia, el fortalecimiento de la «identidad nacional».

Habitualmente también se recurre a la expresión *crisis de identidad*, a la cual estudiosos como Levi-Strauss no han vacilado en calificar como el «nuevo mal del siglo». En cierta medida, se trata de un fenómeno que puede vincularse a los trastornos provocados por la sociedad de masas: explosión demográfica, desequilibrio ecológico, revoluciones y contrarrevoluciones, múltiples formas de violencia con peligro de una aniquilación total, o distintos escapismos como la drogadicción. Factores como éstos y otras manifestaciones análogas inducen o reflejan un desconcierto generalizado, que se expresa en fuertes sentimientos de inseguridad.

Ciertos datos parecen indicar que comenzó a hablarse técnicamente de crisis de identidad en una Clínica para Rehabilitación de veteranos que combatieron en la II Guerra Mundial, los cuales experimentaban pérdida del yo y de continuidad histórica, viviendo el tiempo con suma provisoriedad y con eterna repetición, sin futuro alguno. Por lo demás, en los campos de concentración nazis, muchos detenidos llegaron a creerse verdaderamente culpables para afrontar las torturas y ejecuciones con mayor resignación.

En otra experiencia bélica, la de las Malvinas, protagonizada por adolescentes en gran parte, al menos del lado argentino, se comprobó la enorme confusión y la angustia culposa que éstos padecieron ante la eliminación de sus compañeros. Pero mucho antes de que se acuñara la frase «crisis de identidad» tuvieron lugar diferentes alteraciones en la arraigada creencia del hombre y el mundo como creaciones divinas, donde todo se planteaba en términos de «Dios mediante». y «a Dios gracias». El mundo pasó cada vez más a visualizarse como una prolongación del hombre, y éste a ser entendido como resultado de transformaciones biológicas, históricas o personales.

De un modo u otro, en la actualidad irrumpe una doble estimativa no exenta de conflictos. Primeramente, tenemos el acento puesto en la *diversidad* -de culturas, religiones, pueblos, etnias, naciones, edades, sexos e individualidades. Junto a ello gravita la idea de *unidad*, el imperativo de universalizar a lo humano, de reconocer al hombre como tal, más allá de toda diferencia. Pese a irse extendiendo aquello de

que nada de lo humano puede resultarnos extraño, no deja de cuestionarse el grado de humanidad existente en las acciones sociales e internacionales, sin que inverterados problemas como la pobreza o la desigualdad, parezcan ya algo natural en sí mismos.

Erik Erikson acierta en afirmar que el hombre se ha perpetuado dividiéndose en pseudoespecies (tribus, clases, asociaciones religiosas, naciones), convirtiendo a éstas en *la* especie humana misma y descalificando a todas las agrupaciones restantes. Sin embargo, también deben sopesarse la convicción y el empeño que cunden por superar el racismo, los destinos manifiestos, las hegemonías mesiánicas; en suma, por humanizar genuinamente nuestras relaciones terrenas.

Identidad y autoafirmación

En definitiva, la identidad tiende a ser considerada como un término omnicomprensivo -al estilo de lo que antes pretendió hacerse con las ideas de progreso, clima, raza, héroe o genio- y se procura asociarla, por aproximación, a la conciencia colectiva, pero sin ese sentido mítico y transhistórico que poseían el «espíritu del pueblo» en el romanticismo alemán o el «carácter nacional» para el positivismo francés. Si pensamos en la *identidad cultural* propiamente dicha, ésta se opone a difundidas versiones antropológicas sobre la aculturación, la cual todavía era enunciada por Malinowsky, hacia 1945, como el impacto de una cultura «superior» sobre otra cultura más simple y pasiva -la de los pueblos coloniales, llamados a veces primitivos o menores.

En cambio, el nuevo concepto de identidad cultural empieza a verificarse sintomáticamente con el proceso de descolonización de Asia y Africa, aplicándose luego a la circunstancia latinoamericana. En su gestación se ha interpretado que convergen varios elementos: el cuestionamiento del eurocentrismo por parte de diversos científicos e intelectuales, los pueblos desprovistos de voz y que al emanciparse bucean en sus quebrantadas raíces originarias, la defensa frente a los medios masivos de comunicación manipulados para homogeneizarlo todo dentro de un modelo dominante, ajeno a lo vernáculo.

Accedemos así al rotundo campo de las definiciones y las síntesis. Cabe resumir a la identidad como un proceso de autoafirmación, comunitaria e individual, que se insinúa a partir de las experiencias cognitivas del niño. Dicho proceso implica no sólo sentir la pertenencia a una colectividad, sino experimentar también la propia personalidad como única y singular. Por extensión, se habla de identidad na-

cional cuando un núcleo humano se ve a si mismo como formando parte de la comunidad mundial y, a la vez, como reuniendo caracteres específicos.

La identidad cultural supone una conciencia de la alteridad, compartida por los integrantes de una sociedad, en cuanto a poseer rasgos afines -valores, necesidades, modos de vida- que los distinguen de otras sociedades. Ello debe pensarse dialécticamente, con intervención de la autoimagen y de la imagen proveniente de los otros grupos culturales. Más que pura contemplación, denota un resorte para la acción; más que en unidad consigo mismo, emerge en relación con aquello que se difiere. Por cierto, la cultura no aparece aquí como algo exuberante sino, fundamentalmente, como todo lo que importe acrecentamiento del patrimonio popular.

Como corolario, frente a una actitud donde se discierne auténticamente la realidad para modificarla, existen diferentes tipos problemáticos de identidad: uno negativo, que opta por paradigmas extraños o antagónicos; otro difuso, con la búsqueda interminable de variantes, y, el tercero o escéptico, en el cual se diluyen todos los caminos posibles.

El marco latinoamericano

Si nos limitamos ahora al terreno hemisférico, observaremos que el asunto posee una antigua, aunque conflictiva, data. Muy sumariamente, más allá de los remotos antecedentes representados por la violenta transculturación que implicó la conquista española, la preocupación por establecer la *mismidad* americana comienza a perfilarse con cierta nitidez a partir de las revoluciones de la Independencia y los movimientos insurreccionales que las precedieron.

En alguna medida, las ideas de la Ilustración apuntaron a interrogarse por los rasgos propios y originales concernientes a las poblaciones de nuestros territorios. Con la llamada generación de 1837, Ypese a todas sus contradicciones teórico-prácticas, los ingredientes románticos e historicistas que operaron en ella reforzarían el mentado americanismo, tras la búsqueda explícita de una emancipación mental y cultural. La vertiente positivista ha aportado lo suyo, cuando pretendió determinar las bases del carácter o el alma nacional.

Sin embargo, el saldo general que arroja una evaluación del prolongado tránsito de la Colonia a nuestra centuria, desde la escolástica al positivismo, nos permite más bien descubrir paradigmas o discursos deformantes de lo americano, sean ellos expuestos en nombre de la evangelización, o sean enunciados en aras del progreso.

Aun hasta la fecha, han preponderado toda clase de tensiones antagónicas que inciden en la auténtica configuración de nuestra identidad y en muy distintos órdenes de cosas, con la supremacía de una polaridad sobre la otra: el cosmopolitismo y el europeísmo frente al criollismo o al nativismo, los puertos y las ciudades frente al interior y al campo, las élites y el individuo frente al pueblo y la sociedad, la importación y el libre cambio frente al autoabastecimiento y la protección estatal.

Y decenas de oposiciones más que, obviamente, no revisten un valor episódico, sino que responden a trastornos de fondo que impiden la evolución de América Latina y que ésta pueda integrarse como una gran nación, cumplimentando su condición de ser uno de los primeros pueblos-continente de la humanidad, según expresara el aprista peruano Atenor Orrego.

Dichas dificultades obedecen, por cierto, al subdesarrollo y a la dependencia, con sus responsables vernáculos y externos, quienes han ido neutralizando el establecimiento de una verdadera democracia.

Por consiguiente, al dirimir la cuestión sobre la identidad cultural en Latinoamérica deben tenerse en cuenta varios aspectos. que trascienden las clásicas interpretaciones metafísicas o biopsíquicas. Por un lado, estamos aludiendo con ello a las peculiaridades y diferencias con otros pueblos, así como a nuestra común experiencia histórica ante similares desafíos internos y exógenos. Experiencia que sobrepasa las barreras étnicas o geográficas para acceder a un ideario de unidad en medio de la diversidad.

También corresponde hablar de identidad *nacional*, en cuanto a cada país latinoamericano en particular; *regional*, según las grandes áreas constitutivas; *social*, por sectores ocupacionales, u otras identidades más restringidas (provincial o localmente). Pero lo que no podrá prescindirse ya, en el análisis de nuestra fisonomía, es del componente político y económico. De la correlación entre cultura y poder. Entre los primeros nucleamientos intelectuales, escuetamente estudiados, que pensaron el problema en términos análogos, se halla la Unión Latinoamericana, impulsada hace más de medio siglo atrás, por figuras como Ingenieros, Vasconcelos, Ugarte, Palacios, Haya de la Torre, Asturias y tantos otros exponentes de la Patria Grande. En la proclama de esa incipiente y fallida organización, si bien no se hacía mucho hincapié en el papel retardatario de las oligarquías, no faltaban en cambio la denuncia contra la intervención foránea y la enunciación de los modos de evitarla.

Entre otras cosas, se enfatizaban allí los siguientes puntos: «Desenvolver en los pueblos latinoamericanos una nueva conciencia de los intereses nacionales y continentales, auspiciando toda renovación ideológica que conduzca al ejercicio efectivo de la soberanía popular y combatiendo toda dictadura que obste a las reformas inspiradas por anhelos de justicia social; orientar las naciones de la América Latina hacia una Confederación que garantice su independencia y libertad contra el imperialismo de los Estados capitalistas extranjeros, uniformando los principios fundamentales del Derecho, público y privado, y promoviendo la creación sucesiva de entidades jurídicas, económicas e intelectuales de carácter continental».

¡Cuán considerable actualidad existía en esas propuestas tendientes a romper con el neocolonialismo cultural y con la aculturación interna, que han llevado al hombre latinoamericano a sentirse sumido en el desarraigo y la frustración, con una conciencia aletargada y sin poder realizar su destino histórico ni incorporarse al estilo planetario en gestación!

Hacia la identidad argentina

¡A lo largo de cuántas generaciones sucesivas venimos disgustándonos por el desconocimiento, la deformación o el simplismo con que se nos juzga desde el exterior! Por ejemplo, en una obra, que dice recoger la imagen de agresores que los demás países latinoamericanos poseen de nosotros, aparece la siguiente definición: «Yanquis del Sur: los argentinos ... » (*Dictionary of International Slurs*).

Ahora bien, ¿lo que se ha pensado aquí, puertas adentro, con respecto a nosotros mismos, ofrece mayores matices y consistencia que el estereotipo más o menos distante?

Relevantes intérpretes como José Luis Romero, sugieren que los gérmenes de nuestra conciencia nacional habrían surgido en relación a determinados episodios bastante anteriores a las campañas libertadoras, esto es, durante las últimas décadas del siglo XVIII, cuando se crea el Virreinato del Río de la Plata y se produce la apertura del puerto en Buenos Aires. Tales acontecimientos políticos y económicos habrían contribuido significativamente para que nuestro pueblo empezara a sentirse distinto del resto del mundo.

Más allá de las dificultades comprensivas suscitadas en torno a los primeros orígenes -siempre hartamente controvertibles-, cabe preguntarse entonces por los atributos con que fue calificándose entre nosotros a esa supuesta o real singularidad.

Las respuestas que se han dado a dicha cuestión no pueden ser más disímiles, aunque no nos detendremos ahora en quienes estiman que el ser nacional o sus equivalentes conceptuales representan poco menos que un pseudoproblema, ni tampoco le prestaremos atención a las variadas y encontradas connotaciones anímicas con que se ha procurado caracterizar al hombre y a la mujer de nuestra tierra.

Al pretender delimitar nuestros rasgos más específicos, se han esgrimido toda clase de modelos y contramodelos, de identificaciones y rechazos.

Muy esquemáticamente, en el siglo pasado ha predominado en nuestra intelectualidad una fuerte hispanofobia que postuló incluso la plasmación de un idioma propiamente argentino. Más tarde, por lo contrario, se llegará a reducir nuestra auténtica cultura al ascendiente español, adjudicándosele a la raigambre anglo-francesa, otrora estimada como paradigmática, la mismísima descomposición de la nacionalidad.

Con el componente aborígen también ha ocurrido algo similar. Si muchos pretendieron hasta invocar argumentaciones científicas para descalificar por entero al indígena, considerándolo como un ejemplar subhumano e inadaptable, no faltaron los intentos que buscaron en él las verdaderas raíces y valores de nuestra fisonomía social. Por otro lado, mientras algunos autores creían encontrar en el interior del país"o en el gaucho el prototipo de la argentinidad, otros exaltarían en cambio al elemento urbano-porteño como genuinamente representativo de la misma esencia vernácula.

Las tintas negras o los panegíricos no dejaron de aplicarse en forma paralela a distintos sectores, cultos u ocupaciones, a los cuales, ora se les atribuía la suma del virtuosismo, ora se les imputaba todos los males internos, y a veces las mismas calamidades mundiales, siendo vistos alternativamente como los adelantados por excelencia de la patria o como sus más acérrimos enemigos.

Conforme a la óptica e intereses en juego, subieron o bajaron de los altares patrios, católicos o masones, nativos o inmigrantes, militares u obreros, liberales, nacionalistas o socialistas. A nivel individual, figuras dispares como Rivadavia, Rosas, Sarmiento, Yrigoyen y Perón fueron acumulando los mayores denuostos o se los erigía en númenes de la nacionalidad.

Frente a tantas parcializaciones y exclusiones, la salida más ecuánime pareciera

consistir en inclinarse por la vía integrativa y hacer lo que han ensayado ciertos expositores: aceptar todas las tradiciones y reconocerlas como verdaderos legados. Algo así como declarar la amnistía absoluta y el punto final para nuestra desgarradora historia patria.

Sin embargo, las múltiples perspectivas sintetizadas no resultan fácilmente asimilables en un mismo plano de igualdad, abriéndose en consecuencia otros interrogantes decisivos.

¿Cómo justificaremos, *v.gr.*, todo lo que se ha hecho por desintegrar nuestra personalidad colectiva desde los tiempos de la conquista hasta la dictadura más reciente? ¿Cómo absolver al espíritu de cruzada que ha adoptado tantas formas diversas para sofocar las demandas de la población? ¿Cómo pueden incorporarse a la nacionalidad y conservárselos aun en una heterogénea y dinámica unidad -según nos plantea generosamente la nueva noción de identidad- todos aquéllos que dentro o fuera del país se han permitido atentar contra sus potencialidades humanas y naturales?

Dos culturas

Las clásicas aproximaciones sobre el carácter nacional han sido renovadas por estudios psicológicos, antropológicos y sociológicos en torno a la cultura y la personalidad de las comunidades más heterogéneas. Sin embargo, continúa en pie el problema sobre la legitimidad de adjudicarle a los sujetos colectivos -culturas nacionales e incluso subtipos regionales- atributos distintivos y sustanciales.

Tales pretensiones se revisten a veces de un propósito ontológico o, en otros casos, no parecen exceder el terreno literario. Así y todo, aun aceptada la realidad de una configuración nacional básica, ello no autorizaría para restringirla quietistamente a un estadio primigenio ni a inferir férreas prospectivas para cada sociedad en cuestión. Por otra parte, tampoco puede soslayarse la utilización política o ideológica que se ha efectuado de las apelaciones a la idiosincracia nacional.

En el ámbito latinoamericano, más allá de la multiplicidad de identidades que en él se insinúa, pueden diferenciarse sintéticamente dos grandes bloques o direcciones valorativas. La primera de ellas, históricamente hegemónica, responde a intereses factoriales, que se traducen a través de una cultura *elitista*, en la cual se diluye tanto la universidad como la mismidad de la humanidad americana.

Distintas dicotomías y reduccionismos se han impuesto entre nosotros como exponentes relacionados a una cultura de dominación: en el período hispánico, con la oposición entre cristianos e infieles; durante el liberalismo conservador, mediante la antítesis entre civilizados y bárbaros, o entre razas superiores y razas subalternas; por úlbajo las gestiones autocráticas y conforme a la doctrina de la seguridad nacional, cuando la población es considerada como inepta y potencialmente subversiva.

Las ideas de vacío, de tierra para expropiar y de hombres a someter, se reiteran ya en los planteos iluministas donde lo autóctono no cuenta demasiado, ya en el tradicionalismo, reacio a la inmigración y a la movilidad social. La concepción antiameicanista y antidemocrática hunde sus raíces en diversas manifestaciones teóricas, como la antropología dieciochesca y en cosmovisiones como las de Hegel, quien veía en América a una instancia esencialmente primitiva e inmadura. Ortega y Gasset retornaría esos planteos, al hablar de una sociedad improvisada e ínauténtica, una pura promesa, en la cual los aborígenes resultan tan inferiores a los colonizadores que son como inexistentes.

El conde Keyserling también agregaría lo suyo, al juzgar a Sudamérica como carente de espiritualidad y racionalidad, atribuyéndole una vida puramente emocional y pasiva. Expositores de diversas épocas, procedencias y orientaciones, han insistido sobre la falta de orden y sobre el caos que predomina entre nosotros, debido a nuestra supuesta índole impulsiva e infantil -en contraposición a la prudencia y al equilibrio de los cuales hace gala el europeo.

Nos hallamos, pues, ante semblanzas sobre el hombre y la mujer de nuestras tierras que se refieren a éstos en términos de netas separaciones, hasta llegar a sustanciárselos del mismo modo como procura hacérselo con la cultura y la nacionalidad, con lo europeo y lo americano, etc. Dichas caracterizaciones, que apuntan a negarle historicidad, moralidad y capacidad a nuestro pueblo, han contribuido, de una u otra manera, a combatir los gobiernos mayoritarios y a justificar el neocolonialismo, la independencia Y los golpes de Estado.

Frente a esa visión alienante se perfila una heterogénea gama de posiciones tendientes a identificar la cultura americana con las realizaciones sociales y nacionales. Se cuestiona aquí la pedagogía de los grupos privilegiados y de las superpotencias que, en forma sucesiva, han ido desconociendo las diferencias. Más allá de ciertos folklorismos y xenofobias, pasan a cobrar voz los sectores marginados. Se trata de una contracultura que, si bien fue mejor visualizada en los últimos tiem-

pos, posee variados y lejanos precedentes que se remontan más atrás de las emancipaciones iberoamericanas hasta llegar al surgimiento de las modalidades socialistas y de algunas vertientes populistas.

En tal matizada reformulación axiológica, la cultura supera su dimensión meramente erudita para convertirse en una encrucijada interpretativa y en un mandato ético. Su eje lo constituyen las luchas multiseculares de liberación que han tenido lugar en nuestro suelo.

Esas luchas, así como los impulsos y las ideas concomitantes, representan un motivo vertebral para incorporar a la conciencia histórica de nuestra nacionalidad americana. Ciertamente, la cultura *popular* sólo advendrá en plenitud cuando las expectativas colectivas alcancen una conducción protagónica en la marcha de nuestras comunidades. Según ya advertía Martí, en un plano más circunscrito: «No hay letras, que son expresión, hasta que no haya esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica.

Bibliografía

FUENTES COLECTIVAS: Culture & Thought in the Transformation of the World (Macmillan, N. York, 1983); Identidad Cultural de Iberoamérica en su literatura (Alhambra, Madrid, 1986); L'identité (Grasset, Paris, 1977); Identités collectives et relations interculturelles (PUF, Paris, 1977); El problema de la identidad en las sociedades iberoamericanas (Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1986).

OBRAS INDIVIDUALES: Ainsa, F., Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa (Madrid, Gredos, 1986); Andresky, S., Parasitism & Subversion (Schocken, N. York, 1969); Berger y Luckman, La construcción social de la realidad (Amorrortu, 1976); Erikson, E., Identidad, juventud y crisis (Paidós, 1977); Kohn, L., «Probleme du caractere national», *Ethnopsychologie* 2-3: 1974; Peabody, D., National Characteristics (Cambridge UP, Londres, 1985); Romero, J.L., La experiencia argentina (Ed. de Belgrano, 1980).

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 99 Enero-Febrero de 1989, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.